

Regreso a Itaca



Kenshinkan dôjô 2017

Viajaba una vez más a Japón cuando me encontré con él en Moscú en el verano de mil novecientos noventa y cinco.

Era, además de poeta, director de teatro.

Había vivido en Berlín y pasado gran parte de su vida en Alemania, donde ejerció, igualmente, otra de sus pasiones: la danza *Butoh*.

Después de veinte años allí tomaba un avión y regresaba a su país para encerrarse en las montañas de Gifu, olvidarse del mundo, recogerse en sí mismo y alimentar el espíritu en aquella casa centenaria que habían habitado, antes que él, varias generaciones familiares.

En el interior de aquella vivienda increíble se dejaba imbuir por la lectura y la música y, desde la distancia, tomaba el pulso de su vida a través de esa "*Isla*" que había heredado: un hábitat rodeado de cedros en el que se sentía seguro y feliz.

Me contaba cómo había dejado por un tiempo la Poesía y el Teatro -donde siempre encontró refugio- para atreverse con la novela -de la que siempre había desconfiado- y esto por la dificultad que suponía para él conectar con una historia alejada, experimentada en un contexto ajeno al que pisaba, situada en lugar extraño y, en muchas ocasiones, desconocido.

Por el contrario -me explicaba- siempre estuvo en su sitio cuando se trataba de Poesía o Teatro, pues sostenía que los poetas, expresando su lírica con mayor o menor acierto, se descubrían en cada verso, abriendo sus entrañas y destapándolas sin tapujos para ser compartidas por otros lectores, quienes -como él mismo- un vampiro ávido de experiencia espiritual, se abandonaban a su lectura.

Sí. Aquellas expresiones -continuaba- podrían contener luces o sombras pero todas ellas le resultaban perfectamente reales por haberlas vivido, en mayor o menor medida, con poca o mucha intensidad, en primera persona. Eran, pues, emociones familiares, y tomaba refugio en ellas cuando el "*tiempo literario*" se obscurecía y el medio ambiente en derredor se enturbiaba.

Saqué el tema de la novela a colación, pero su última aventura con la prosa había concluido mal. Una vez más se encontraba de regreso a la Poesía después de otra experiencia fallida fuera de ella.

Pasado el tiempo, se aventuró de nuevo -me dijo.

Lo volvió a intentar, sí; porque necesitaba otros espacios de sosiego, descubrir otras "*islas literarias*" en las que poder ser, nuevamente, un hombre feliz.

En aquella nueva ocasión de la que me hablaba iría bien armado de paciencia y dispondría, además, del tiempo necesario para conseguir su objetivo. Le habían recomendado una novela de última edición y hacia ella se dirigiría, sin tregua y sin pausa.

Me juró que lo intentó con todas sus fuerzas pero encontró tanta confusión en aquellos textos, que se perdió, literalmente hablando. No obstante, trató de

encontrar, denodadamente, algún resquicio de luz en aquellas ideas, que se abrían paso en medio de párrafos inconexos: ¡Imposible tarea...!

No pudo ver en ellas ese “*camino de vuelta*” tan necesario, había perdido la conexión profunda y obligada con la trama, olvidando, en algún lugar inaccesible, la empatía con la sensibilidad del autor.

Tampoco fue feliz y, finalmente, se despidió del libro.

Una derrota más –pensó– pero un instante después supo que se había equivocado pues aquél resultaría ser un triunfo encubierto, un hilo conductor hacia algo mayor.

En efecto, la victoria se presentaba de soslayo porque aquellas páginas, en las que había invertido una semana, le pusieron otra novela en el punto de mira, y hacia ella se encaminó confiado, con una vehemencia casi juvenil, pues tenía la intuición de que en aquella nueva aventura encontraría la alegría perdida.

Desde que abrió por primera vez a Tolstoi -a pesar de imbuirse en un contexto lejano, desarrollarse su prosa en una época pretérita o expresar ideas contrarias a las suyas- el terreno que holló le reconfortó y le dio paz.

Sí. Había encontrado una nueva “*isla literaria*”, un nuevo “*punto de encuentro*” donde permanecer quieto, al abrigo del mundo, tranquilo y feliz.

Con el transcurrir de los años fue encontrando otras “*islas*” en las que descansar. El abanico de opciones que la literatura le ofrecía iba en aumento: libros de viaje, ensayo, más teatro, novela histórica y, desde luego, Poesía.

Tenía la suerte de contar con muchos lugares a los que retirarse, lugares a los que huir, pequeñas “*islas*” en las que varar su inquietud una tarde cualquiera.

Buscando espacios aún más distantes hizo su equipaje y salió al mundo para encontrar nuevas “*islas*” y habitarlas con discreción y en silencio.

Como muchos otros, también él quería encontrar: la Itaca de Ulises, la Utopía de Moro, las Islas del Sol de Yambulo, la isla de Hespera de Diodoro o las islas de Ezoichi o Cipango. Islas, todas ellas, para descansar sin mirar atrás, al abrigo, una vez más, de la confusión.

Se sentía seguro con todo aquel equipaje porque después de tanto esfuerzo tenía consigo multitud de libros en los que sentirse hombre libre, agradables paisajes en los que experimentar el orden natural, recodos en los que vivir una experiencia espiritual de altura.

Pero existía un problema que se iba haciendo mayor a medida que transcurrían los años; ese inconveniente era la dependencia, la necesidad de estar junto a ellos, la necesidad de viajar, la necesidad de leer, la necesidad de actuar si quería disfrutarlos.

Asumió el escollo y luchó contra él buscando “*islas*” en espacios más próximos: páginas ya leídas, paisajes cercanos, conversaciones de plaza y mercado.

No fue tarea fácil, pero consiguió quedarse varado en aquellos nuevos lugares y ser feliz con lo pequeño y lo próximo, con lo cotidiano y sencillo.

Aquél fue un salto cualitativo en toda regla pues la dependencia que tuviera un día de las *“islas exteriores”* fue reduciéndose hasta, casi, casi, desaparecer.

Finalmente había obtenido lo perseguido con tanta ansiedad: el encuentro con una *“isla”* más que segura, su única y verdadera *“isla”*: su propio cuerpo, su propia conciencia, su espíritu propio, su hogar propio.

Mientras narraba su experiencia yo me acordaba del regreso azaroso de Ulises a su amada Itaca. Lo imaginaba atado al mástil de su embarcación, clamando a su fiel tripulación por la libertad. Él, queriendo escuchar los cantos de sirena que pretendían alejar a los hombres de su verdadero destino, había dado órdenes a sus marineros para que hicieran caso omiso de sus súplicas y así se comportaron aquellos fieles guerreros hasta el final de la travesía. salvaron aquel escollo y finalmente llegaron al lugar del que habían partido cuando marcharon a la guerra de Troya. Habían transcurrido veinte años de viajes, guerras y aventuras.

Entendí el relato de mi amigo y lo interpreté, haciéndolo mío, para hablarle del Budô que yo amaba, contándole una historia similar, pero protagonizada por diferentes actores.

Era la historia de cómo -también yo- había perseguido innumerables caminos fuera de mí, trazado el trazo de infinitas formas, emulado, fielmente, incontables ideales, alimentado el calor de los grupos, defendido ideas que no me pertenecían, continuado y repetido eslóganes de otros, copiado muchas palabras, pisado huellas distantes, extrañas y ajenas.

Así fue -le dije.

Y todo ello lo hice buscando esas *“islas”* de las que hablábamos -continué. Llegaron a ser tantos y tan diferentes aquellos caminos que también yo perdí el rumbo de mi propia, única y verdadera *“Isla de Budô”*.

Le expliqué después cómo recompuse el camino de *“vuelta a casa”* regresando a mi propio dôjô, al que pude ver, verdaderamente y por primera vez, después de años de mirarlo sin percibir nada. En efecto, había vuelto a ese lugar del que todos partimos para buscar lejos, muy lejos, aquello que siempre estuvo cerca, muy cerca.

Recordé después cómo, a partir de aquel momento -sin dejar de estar abierto al mapa del mundo, sin olvidarme del flujo continuo de las ideas, sin hacer oídos sordos a las conversaciones ajenas, sin cerrar la puerta a los otros- comencé a trabajar con mis propios brazos, a sostenerme con mis propias piernas, a razonar con mis propias ideas, a experimentar con mis propias sensaciones.

Fue también entonces cuando supe que permanecería allí hasta el final de mis días -le dije para terminar.

Me despedí de él y lo dejé allí, varado en su felicidad, al abrigo de la confusión, alejado del ruido de sables, viviendo junto a un puñado de almas gemelas en el interior de una granja olvidada de la vieja campiña de Gifu.

En mi viaje de regreso volví a la lectura.

Saqué de mi mochila a Cavafis y, de entre todos sus poemas, volví a leer su "Itaca".

*Cuando emprendas tu viaje a Itaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
No temas a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti.*

*Pide que el camino sea largo.
Que muchas sean las mañanas de verano
en que llegues -¡con qué placer y alegría!-
a puertos nunca vistos antes.
Detente en los emporios de Fenicia
y hazte con hermosas mercancías,
nácar y coral, ámbar y ébano
y toda suerte de perfumes sensuales,
cuantos más abundantes perfumes sensuales puedas.
Ve a muchas ciudades egipcias
a aprender, a aprender de sus sabios.*

*Ten siempre a Itaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Más no apresures nunca el viaje.
Mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin aguantar a que Itaca te enriquezca.*

*Itaca te brindó tan hermoso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya nada que darte.*

*Aunque la halles pobre, Itaca no te ha engañado.
Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,
entenderás ya qué significan las Itacas.*

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2017